

los pobres bienaventurados hoy

La pobreza puede ser sociológica. No creo que Cristo se refiera a ella, cuando habla en las bienaventuranzas.

Yo he trabajado con pobres, he convivido con gente que vive en la miseria y que sin embargo se aferran a lo poco que tienen y difícilmente comparten. Además ansían la riqueza. Sueñan con una quiniela de catorce. Se pelean por la posesión de lo que no está muy claro que les pertenezca.

Tampoco creo que Cristo se refiera a ese otro grupo de personas que no aspiran a ser ricos, a quienes les repugnan los negocios sucios; personas que teniendo lo necesario están en paz a nivel personal, familiar y social. Diríamos que en ellos se da la virtud "humana" de la pobreza o vida sencilla.

Para mí los pobres de las bienaventuranzas son aquéllos que tienen una actitud de compartir con los demás todo cuanto poseen y son. Claro que en esto hay muchos grados. Creo sin embargo que entran todos los grados, con tal que se tenga habitualmente esta actitud de comunicar. Estos tie-

nen la suficiente sensibilidad para sentirse culpables, cuando en algo o con alguien no comparten.

Creo que hoy lo mismo que siempre estos pobres no abundan. Los de ayer y los de hoy coinciden en lo fundamental, en el espíritu a que antes nos referíamos.

En lo que ciertamente hay diferencias es en el modo. Los pobres "bienaventurados" de antes concretaron su compartir en lo asistencial. Hay una gama riquísima de ejemplos de hombres pobres que pusieron todo cuanto tuvieron y fueron a disposición de todo necesitado (tanto necesitado material como toda clase de necesidad): hospitales, asilos, escuelas, leproserías, etc.

Hoy los pobres "bienaventurados" ponen el acento en otros objetivos: en el cambio de la sociedad. Ponen su esfuerzo (dinero, tiempo, persona) en el análisis de la sociedad, de las raíces más profundas que ocasionan los grandes males y luchan por desenmascarar y extirpar las causas de los males que aquejan a sus hermanos necesitados. Entiéndase toda clase de necesitados. Quieren liberar a los

que carecen de lo más elemental (puesto de trabajo, vivienda, alimentos), a los que carecen de toda clase de libertad y están oprimidos a causa de sus ideas, y también quieren liberar a los ricos de su riqueza y a los dictadores de su omnipotencia. En una palabra, luchan por una sociedad y unas estructuras que, lejos de fomentar el individualismo egoísta, faciliten a todo hombre el ejercicio de la solidaridad y fraternidad y de la participación responsable en todo aquello que les afecta.

Surge una pregunta: ¿se puede ser "pobre bienaventurado" teniendo fortuna o cargo importante y por tanto bien remunerado?

Yo simplemente constataría que cada persona tiene que examinarse con honradez para ver si en él reina el espíritu de total comunión con los hermanos de cuanto toma y es. Si existe, para mí es un pobre según el Evangelio. Nadie puede juzgar el interior, el espíritu que mueve al hombre.

No obstante hay síntomas, pistas, razones para orientarnos y orientar en nuestra evangelización, en lo que se relaciona a esta bienaventuranza.

Normalmente el que comunica bienes materiales, se va quedando vacío. ¡Son tantas las "causas nobles" que necesitan apoyo económico hoy!

Por otro lado el que sinceramente lucha por desenmascarar y extirpar las causas del mal, difícilmente permanecerá mucho tiempo en un puesto importante. No hará juego en el engranaje de la sociedad que tenemos. Será pieza dislocada que habrá que reponer.

Personalmente he podido comprobar en mi ambiente de trabajo en la construcción, cómo los hombres que denuncian la injusticia, que promueven la solidaridad, no

sólo nunca llega a puestos importantes, por ejemplo de encargados (pese a sus dotes personales sobresalientes), sino que hasta pasan a las listas negras, que es tanto como ser condenados al paro casi habitual y consiguiente pobreza material. Esto tengo entendido que ocurre en otros ramos del trabajo y en otras entidades, sin excluir por supuesto las eclesiásticas. Estamos aún lejos de aquellas palabras de Cristo: "Los príncipes de las naciones las subyugan y los grandes imperan sobre ellas. No así entre vosotros; al contrario, el que entre vosotros quiera llegar a ser el primero, sea vuestro siervo, así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mt 20, 25-28).

Yo sueño con el día en que de verdad ocupen los primeros puestos hombres tan completos que, junto a los conocimientos que hoy poseen nuestros gobernantes, hayan descubierto de una manera sobresaliente la belleza de vivir como el último, de saborear las estrecheces de los pobres. Por desgracia hay expedientes académicos brillantes, pero para esta asignatura del sermón de la montaña "no hay quien se matricule", como decía alguien.

Sólo de hombres que vivan realmente como el común de los pobres, que al mismo tiempo no estén alienados con visiones fatalistas del futuro, pueden surgir leyes y estructuras que arranquen las raíces de tanto mal como la humanidad padece.

Termino concretando que los pobres de las bienaventuranzas son aquéllos a quienes Cristo se les ha dado a conocer sin adulteraciones ni mediaciones interesadas en ideologías de dominación, aquéllos cuyo vivir es el vivir del Cristo auténtico: el Cristo libera-

dor total, el que libera a todo hombre de ese afán instintivo que todos tenemos de poseer, de llevar una vida cómoda y de dominar.

Y liberados viven
en actitud de servicio,
en actitud de sacrificio,
en actitud de compartir.